

**VIVIR ES INTERPRETAR.
APRENDER DIALOGANDO CON EL PROFESOR
EMILIO LLEDÓ**

Francesc Casadesús Bordoy

RESUMEN: En este artículo se esbozan las líneas generales del pensamiento de Emilio Lledó a partir del libro *Imágenes y palabras*. Su lectura ofrece una excelente panorámica de los temas que más le han preocupado a lo largo de su dilatada vida académica. Se hace un especial hincapié en lo que se ha denominado "método Lledó", consistente en reivindicar un individuo libre y autónomo con capacidad para integrarse, mediante el diálogo con los textos clásicos, en la tradición cultural de todas las épocas. Para Lledó, esta integración debe producirse de un modo activo como la culminación de un proceso hermenéutico en el que cada persona pueda desarrollar su propia creatividad. Lledó es consciente de que, sin una enseñanza humanista, peligra la existencia misma de ciudadanos libres y, en consecuencia, la consecución de una sociedad más justa, solidaria y democrática.

ABSTRACT: The main ideas from Emilio Lledó are outlined in this article, which is based on his book *Imágenes y palabras*. Its reading offers us an excellent view on the topics, which have worried him during his long academic life. A special emphasis is put on the so-called "Lledó method". It consists in vindicating the idea of a free and autonomous individual, who is capable of integrating into the cultural tradition of all ages through the dialogue with classical texts. For Lledó this integration must take place in an active way and must be considered as the culmination of a process in which each individual can develop his/her own creativity. Lledó is conscious of the fact that, without a humanistic education, the existence of free citizens and, therefore, the achievement of a more democratic, sympathetic and fair society, is in danger.

La lectura del libro del profesor Emilio Lledó *Imágenes y palabras*¹ suscitó en quien esto suscribe el deseo, más bien la *necesidad*, de escribir un artículo en el que se pudieran comentar algunos de los numerosos temas tratados por su autor. Una simple reseña bibliográfica no hubiera alcanzado a recoger la variedad de cuestiones que, con su amplia gama de matices, conforman esta obra que reúne, en forma de miscelánea, 38 trabajos dispersos del profesor Emilio Lledó.²

¹ Emilio Lledó. *Imágenes y palabras*. Ed. Santillana (Compendios Taurus). Madrid, 1998, 615 pp. Las referencias a los pasajes citados y comentados se citan con el número de página de esta edición entre paréntesis.

² En ningún caso se pretende en este artículo sistematizar el pensamiento de Emilio Lledó, sino tan sólo "seguir el hilo" de algunos de los sugerentes temas tratados en los distintos trabajos compendiados en este libro. El lector debe tener presente que para conocer en profundidad el pensamiento de Emilio Lledó, aparte

El más antiguo, titulado "Interpretación y teoría en Don Quijote" data del año 1957, aunque la mayoría de ellos fue escrito en la década de los setenta y, sobre todo, en la década de los ochenta y los noventa. Se ofrece, pues, al lector una excelente oportunidad de conocer de primera mano las preocupaciones intelectuales de Emilio Lledó durante buena parte de su vida académica, particularmente de su última época. Casi sobra decir que un libro así esconde, al margen de la satisfacción que proporciona la lectura directa de cada uno de los capítulos, la recompensa adicional de facilitar las claves exegéticas de su pensamiento.³

A pesar de que el libro está estructurado en cinco grandes unidades temáticas,⁴ el lector percibe pronto que la escritura de Emilio Lledó no admite fronteras y que el libro forma una unidad compacta que anula cualquier intento de clasificación conceptual. Resulta muy difícil, por no decir imposible, encerrar el discurso de Lledó en los estrechos límites del título más o menos convencional de un capítulo. Dicho de otro modo, y para subrayar algo capital que caracteriza a este libro: Lledó eleva su discurso por encima de los aspectos más puntuales y concretos con la intención de fijar las líneas maestras de su pensamiento. Poco importa el momento o el lugar en que se produzca su discurso.

No quiere decir esto que Emilio Lledó se repita estérilmente ni que no se aborden de un modo particular y específico la variedad de temas que prometen los títulos de sus escritos. Todo lo contrario. Lo que hace Lledó es mantener firme el núcleo de su pensamiento para, una vez consolidada su atalaya, orientar la mirada a la realidad circundante dispuesto a desmenuzar cualquiera de sus muchas manifestaciones. Esto le permite, en cualquiera de los ámbitos en que aplique su método, ser coherente en su análisis e interpretaciones. Coherencia que Lledó lleva siempre hasta sus últimas consecuencias dotando así a su obra de un marcado componente ético.

Puede que ni el mismo profesor Lledó sea completamente consciente del valor que posee esta recopilación de breves textos leídos aquí y allí en momentos distintos, ante auditorios y lectores diferentes. Los escenarios y los tiempos cambian, pero su Yo, su más íntimo Yo, permanece inalterable en cualquier lugar y circunstancia. Ese es el núcleo del que parte siempre Emilio Lledó. Pocas escrituras alcanzan un grado tan grande de intimidad, transparencia y sinceridad. La escritura de Lledó conduce, inevitablemente, al lector a lo *más dentro* de su autor.

Puede que a quienes conozcan la obra de Lledó y lean estas líneas, les asalte la siguiente pregunta: ¿acaso podía ser de otra manera?. ¿Acaso podía el autor Lledó dejar de implicarse en su discurso, en su *lógos*, de manera que no acabase atrapando al lector, al oyente, diluyéndolo en su propio discurso?. La respuesta a esta cuestión nos introdu-

de la lectura de su obra, le resultará de gran utilidad el libro de Joaquín Esteban Ortega, *Emilio Lledó: Una filosofía de la memoria*, ed. San Esteban, Salamanca, 1997. En esta obra se tratan *in extenso*, y con gran precisión y riqueza argumental, las influencias y los conceptos claves de su método hermenéutico.

³ Los comentarios realizados en este artículo se ceñirán al material recogido en este libro. A pesar de que resulta muy tentador acudir al testimonio de otros libros y artículos de Emilio Lledó esto rebordaría el objetivo de este trabajo que pretende introducirse directamente en su pensamiento a partir de lo que se dice en los artículos compilados. Tan sólo ocasionalmente se hará referencia a otras obras de o sobre Lledó. Hay que subrayar, parafraseando a Leibniz, que la escritura de Lledó sugiere una panorámica "monadológica" en la que muchos pasajes y párrafos reflejan a su manera, como las mónadas, el conjunto más amplio de su pensamiento.

⁴ Los títulos correspondientes a cada una de esas partes son: I) "El arte y la mirada"; II) "La temporalidad de la escritura"; III) "De literatura"; IV) "De filosofía"; V) "De Universidad y educación"

ce directamente en las líneas maestras de su pensamiento tan a flor de piel siempre en todos los escritos que componen este libro. En verdad, resultaría muy complicado actuar de otro modo e intentar leer estos artículos sin tener en cuenta el eje central que configura lo que, como ya se ha insinuado más arriba, puede denominarse, sin más circunloquios, "método Lledó".

El "método Lledó"

En efecto, si a alguien le quedaba alguna duda sobre si se puede hablar de un método de análisis propio del profesor Lledó, esta compilación, *Imágenes y palabras*, le confirmará que, en efecto, existe un fecundo "camino Lledó" para interpretar la realidad. Y no conviene pasar por alto que el término "realidad" en Lledó debe considerarse siempre en su sentido más amplio: la realidad que abarca todos los tiempos y todos los espacios. Un método que, además, resulta muy accesible para todo aquél que quiera adoptarlo pues su mayor grandeza es que es personal pero transferible. Está ahí, a disposición de quien quiera utilizarlo y potenciar con su ayuda su propia creatividad.

¿En qué consiste ese método?. Ese es el tema que el propio Lledó se encarga de explicar una y otra vez en casi todas sus intervenciones. El punto de partida para explicarlo puede ser, aunque, como se verá, existen otros, un concepto primordial en su pensamiento: el *lógos*. La emblemática palabra griega *lógos* que recoge, en su amplio campo semántico, todos los matices de la "palabra" y el "lenguaje", el "pensamiento" y la "racionalidad". *Lógos* que tiene dos caras: una común a todos y otra íntima, propia del sujeto individual. Este doble aspecto es esencial en tanto que permite una dialéctica básica entre el Yo individual y el conjunto de los otros yo que conforman la sociedad de hablantes. En palabras rotundas de Lledó: "el lenguaje es el principio interactivo por excelencia" (p. 43). El *lógos* desempeña un papel comunicativo en tanto que permite "comunicar" al individuo con el mundo. De él se origina otro concepto fundamental que expresa la fluidez con que se desarrolla esa comunicación: el diálogo.

Diálogo que, asimismo, posee dos caras: el diálogo con uno mismo, en tanto que reflexión y pensamiento íntimo, y el diálogo con los demás. De este dialogar múltiple, con nosotros mismos y con los otros, surge nuestro *estar* en el mundo. Pero para que esto se pueda conseguir y podamos instalarnos plenamente en el mundo, tiene que intervenir otro concepto básico, la educación o *paideía* que debe conducir a la persona ya desde niño⁵ a la plena integración en la cultura. Para Lledó, la educación es inseparable del diálogo pues es evidente que "no hay educación si no se configura como lenguaje y no se realiza como diálogo" (p. 39).

De nuevo aquí surge un sendero que se bifurca. Si volvemos al Yo íntimo, individual y reflexivo, comprobamos como éste se va consolidando por el proceso mismo de la reflexión. El Yo se constituye en pensamiento, en un "diálogo del alma consigo misma" (p. 52)⁶, que conforma una consciencia individual, que acaba convirtiendo al sujeto en

⁵ Lledó insiste mucho en que la etimología de *paideía* alude a la educación, a la pedagogía, que el niño debe recibir necesariamente para poder formarse.

⁶ Platón, *Sofista*, 263e.

objeto de la propia reflexión. Distanciamiento reflexivo necesario para garantizar la autonomía de un "Yo que se sabe" que, a su vez, permitirá una mirada inteligente sobre el mundo que le rodea.

Este proceso de autointelección no sería posible sin la capacidad de abstracción del lenguaje. La memoria personal, (la memoria es otro de los grandes conceptos que articulan el pensamiento de Emilio Lledó), interviene aquí decisivamente en tanto que se erige en *lógos* permanente, aglutinante de las experiencias que, en forma de lenguaje, garantizan la unidad del Yo individual.⁷ Lo que se construye, gracias al lenguaje interior, es nuestro yo, nuestra personalidad, nuestra manera de ser y actuar en el mundo: "El mundo de las significaciones, por encima del mundo de las cosas, irrumpe a través del lenguaje como único y exclusivo vehículo, y llega a la conciencia estableciendo en ella lo que posteriormente se llamará personalidad. Este complicado territorio en el que se condensa el motor que origina nuestras acciones y omisiones y, en definitiva, nuestra manera de ser y actuar en el mundo, se modula y conforma a través del lenguaje" (p. 385).

Pero el hombre realiza aún un paso más que lo distingue de todos los demás seres y que le ha permitido tejer una compleja y tupida red que retiene todos los tiempos, proyectándolo hacia el pasado y hacia el futuro, más allá del puro presente al que le condenaría el *lógos* oral. Ese decisivo impulso proyectivo lo ha conseguido la humanidad mediante la escritura, definida por Lledó como una nueva forma de diálogo, "como el lenguaje en el que se graba la memoria" y que surge "por una irresistible necesidad de comunicación" (p. 166). Gracias a la escritura se extiende e inmortaliza el alcance del *lógos* que trasciende todos los límites espacio-temporales. Y es que el hombre, además de ser, como afirmara Aristóteles, un "animal que habla", "es un "animal que escribe" que no se recluye en un inútil solipsismo, "en la inmediata temporalidad del presente", sino que transporta ese discurso "desde su solitaria y subjetiva formulación a una temporalidad, mediada ya por todas las interferencias que lleva consigo la escritura" (p. 119). Con la escritura el lenguaje amplía su espacio comunicativo "hacia el futuro como proyecto y hacia el pasado como historia" (p. 120).⁸

Se configura así una nueva realidad objetiva, exterior, mucho más rica que la "aventura interior" (p. 377).⁹ Lo que se muestra en el *lógos* escrito no es otra cosa que el bagaje cultural que la tradición ha ido reuniendo, reelaborando y transmitiendo a lo largo de

⁷ "La preeminencia del lenguaje lo convierte en el instrumento fundamental de la cultura. A través de él, no sólo es posible la memoria del pasado, sino que esa memoria es algo más que objeto de contemplación, monumento caído de la historia perdida. Con el lenguaje la memoria se hace diálogo, y el diálogo implica una forma suprema de comunicación, una renovadora e intensa comunión de experiencias" (p. 226).

⁸ Cf. "El medio escrito se ha convertido, así, durante siglos en el difuso y, por ello mismo, eficaz transmisor de cultura y experiencia. Sin él, los hombres habrían estado siempre motivados por la inmediata urgencia del instante, por la palabra viva que tiene la fuerza y el poder de convicción de la vida misma; pero que como ella, está también instantáneamente condenada a la muerte, como muere en el aire el aliento que emite cada fonema" (p. 209).

⁹ Para Lledó no tienen ningún valor las filosofías que se han recluido en el Yo, para acabar diluyéndolo. Como se verá más abajo Lledó propone un Yo "fuerte", resultado del choque directo de la subjetividad con la objetividad: "Para la expansión y creación del Yo, de un Yo personal, tenemos que chocar directamente sin otras mediaciones que el *lógos* con la objetividad. La aventura de la exterioridad es mucho más rica que la aventura interior. Y cuando la aventura interior, o sea, la busca de un lenguaje de la intimidad, tiene sentido es porque ha sido rica nuestra aventura exterior", (p. 376).

todas las épocas. Se constituye así un nuevo espacio infinito que desborda el limitado ámbito de la memoria individual: la memoria colectiva. Comienza, de este modo, a cerrarse un círculo epistemológico básico en el pensamiento de Emilio Lledó. Gracias a la escritura y la formación de ese *lógos* universal que configura el espacio ilimitado e intemporal de la memoria colectiva se origina un diálogo entre el yo individual y la Historia del saber humano. El individuo se forma y enriquece al sentirse inmerso en la corriente del pensamiento universal y reflejándose en el espejo en que el hombre debe mirarse para consolidar su personalidad: "El conglomerado de memoria colectiva que cada individuo recibe adquiere, así, una especial riqueza. Nuestra más excelente originalidad y singularidad radica en la facilidad para fluir también en esa historia y encontrar en ella otro espejo donde reflejar y completar nuestros tantas veces borroso y borrado perfil" (p. 164).

En esto consiste la capacidad interpretativa del hombre. Por el mero hecho de "recordar hechos pasados y convertirlos en palabras", conformamos una memoria, que no es más que un ejercicio de interpretación. Lledó se muestra tajante en este punto, porque es consciente de que de él depende el ser del hombre, su estar en el mundo. La dialéctica entre la individualidad y la historia se actualiza diariamente en el hombre de modo que a través de esta interacción transcurre nuestra biografía personal. Por este motivo, "la interpretación es una forma esencial de estar en el mundo, la única forma humana, racional, de vivir" (p. 136). En definitiva, "vivir es interpretar".

El hombre debe mantener un continua tensión dialéctica entre su yo íntimo y esa fecunda exterioridad en forma de *lógos* atemporal: "la llamada intimidad del hombre es fruto de su exterioridad" (p. 377). La lectura es uno de los nexos que une el Yo con el mundo: "la lectura conecta la sensibilidad o inteligencia individual con el mundo que el texto escrito manifiesta" (p. 473). La lectura inteligente de un texto nos obliga a absorber, a incorporar, a asimilar el lenguaje, el *lógos* perenne que la humanidad ha ido forjando a lo largo de siglos en lo que conocemos como tradición cultural. Al leer nos adueñamos del discurso exterior que pasa así a formar parte de nuestro propio ser. De este modo, rompemos definitivamente el cerrado espacio de la memoria individual para adentrarnos en las experiencia vivida por los demás. Se gana con ello la consciencia de universalidad que fecunda la existencia individual: "El clausurado y, a veces, angosto espacio donde se cría la memoria individual, se abre así a un dominio de infinitas resonancias en el que vivimos las experiencias que otros idearon para nosotros. La existencia individual toma consciencia de pertenecer a un universo de significaciones y sentidos que acompañan y fecundan la originaria soledad" (p. 166).

No hay nada más activo que el acto de leer. Gracias a la lectura actualizamos el pasado, lo hacemos presente vivo en nosotros. Pero Lledó va aún más lejos al conceder todo el protagonismo al lector que, gracias a su capacidad de interpretar lo leído, *crea* un nuevo *lógos*, mediante el cual el lector-intérprete se integra en la tradición al tiempo que la enriquece con sus propias propuestas exegéticas¹⁰ en una síntesis en la que se unen las dos formas de la memoria, "la memoria que el texto recoge y la memoria del lector

¹⁰ "El intérprete se integra, con su acto de lectura, en esa tradición y el texto vive así el latido de cada presente y se hace, en él, lenguaje, o sea, propuesta teórica que enriquece con el eco de todas sus previas temporalidades, la uniformidad ideal que clausura la perspectiva del instante, de la inmediata temporalidad" (p. 476).

que determina su personal lectura” (p. 477). Por este motivo, “el contexto verdadero de un texto es su lector” (p. 503).

Dicho en pocas palabras: Emilio Lledó traslada todo el protagonismo al individuo ofreciéndole un método simple para afianzar su Yo en el mundo y potenciar su capacidad creadora. Los instrumentos que el hombre debe utilizar, el *lógos*, el diálogo, la escritura y la lectura están a su plena disposición. Son herramientas humanas, comunes a todos. De cada individuo depende, pues, que se desarrolle su capacidad interpretativa que le conecte con el mundo. De su participación activa se genera, a su vez, un nuevo *lógos*, resultado de la absorción del *lógos* universal en el Yo íntimo y personal.

¿En qué consiste, pues, el método de Emilio Lledó?. En recordar machaconamente que somos nosotros los hablantes, los escritores, los lectores y los intérpretes. Nosotros somos, en definitiva, los creadores. ¿Qué se pretende, en última instancia, con esta propuesta?. Aunque Lledó no lo diga abiertamente, de lo que se trata es de reforzar al hombre, construyendo un individuo con una personalidad fuerte que pueda resistir los embates de todo aquello que pueda amenazar su individualidad creadora. Este “hombre fuerte” sólo puede formarse sobre la base de “echar raíces” en el mundo de la cultura transmitida, en ese “inmenso bloque de palabras configuradas como Historia”. Para explicar con precisión como se alcanza esta individualidad fuerte, Lledó cita a Nietzsche: “Cuanto más fuertes son las raíces de la íntima naturaleza de un hombre, tanto más capaz de apropiarse e incorporar el pasado. Y la naturaleza más poderosa y formidable se caracterizará por un sentido histórico... que atraería y asimilaría todo lo pasado, tanto propio como ajeno, transformándolo en su propia sangre” (p. 163). El individuo que absorbe el bagaje cultural que la tradición le ofrece arraiga su ser, fortaleciéndolo, en la corriente de la Historia.

Una vez establecidos estos postulados metodológicos, Emilio Lledó está en condiciones de abordar todas las cuestiones que más le preocupan: el arte, la técnica, las nuevas tecnologías, los medios de comunicación, la literatura, la filología, la filosofía, la tradición clásica, la educación, la universidad, la ética, la democracia, la amistad, etcétera. Para ello, como ya se ha dicho, no tendrá más que desarrollar y aplicar su propio método.

La educación como paidéia

La educación, en tanto que *paidéia*, la considera Emilio Lledó una condición *sine qua non*. Sin ella, es imposible que nadie se desarrolle como persona. Desde su infancia los hombres deben ser conducidos hacia la integración en el *logos* universal. Y sólo mediante la educación se puede conectar el *lógos* íntimo con el *lógos* universal. La verdadera tarea pedagógica consiste en “saber interpretar los múltiples mensajes que nos enseña el presente de nuestro mundo real y el pasado ideal de la Historia” (p. 165). Uno de los grandes retos de la educación es enseñar a leer de tal modo que logremos disfrutar de la belleza, de los pensamientos y las experiencias transmitidas en los textos. De esta lectura inteligente surge el diálogo que nos permite hablar con el saber que la humanidad ha ido acumulando a lo largo de los años.

Precisamente, en la relación que se establece entre el maestro y el alumno es donde se produce la confluencia entre los dos *lógoi*, el individual y el colectivo. Entre maestros y alumnos se entabla un provechoso diálogo entre esas dos memorias: “la del saber que el maestro organiza, a través de su propia experiencia, y la receptividad que el alumno

percibe, en la siempre viva curiosidad que la naturaleza le otorga, la confluencia de su lenguaje privado con el dominio de un lenguaje colectivo configurado por la suprema publicidad de los conocimientos" (p. 165). Conociendo la dedicación de Emilio Lledó a la enseñanza a lo largo de su carrera académica, cuyo recuerdo perdura aún vivo, por ejemplo, en la Universidad de Barcelona, en la memoria de quienes tuvieron la fortuna de asistir a sus clases, resulta más que evidente que el profesor Lledó aboca aquí toda su experiencia docente. Lledó sabe, porque lo ha practicado en el aula, que la transmisión de conocimiento consiste en el diálogo continuo con el alumno. Por ello no puede ocultar su dedicación entusiasta a la docencia cuando evoca los tres años pasados en la Universidad de la Laguna consagrados de modo exclusivo a las clases, al diálogo con sus expectantes discípulos. El espíritu socrático envuelve sus palabras cuando recuerda con nostalgia aquella época de su vida en la que dedicó todos sus esfuerzos a la tarea de enseñar: "En aquellos años apenas publiqué trabajo alguno. Todo mi esfuerzo se concentró en preparar clases y en procurar compensar con mi entusiasmo y mi dedicación esa acogida que encontraba en los ojos y en las palabras de aquellos alumnos que, en el aula de la azotea, o entre las cortinas azules del aula magna de la Facultad, me esperaban todas las mañanas" (p. 158).

Si a alguien le quedase alguna duda sobre cuál es el papel del maestro, tan cuestionado hoy por los tecnólogos de la educación, Lledó se encarga de disiparla: "El maestro es imprescindible en la docencia universitaria. Un maestro no es aquel que explica, con mayor o menor claridad, conceptos estereotipados que siempre se podrán conocer mejor en un buen manual, sino aquel que transmite en la disciplina que profesa algo de sí mismo, de su personalidad intelectual de su concepción del mundo y de la ciencia. Ser maestro quiere decir abrir caminos, señalar rutas que el estudiante ha de caminar ya solo con su trabajo personal, animar proyectos, evitar pasos inútiles y, sobre todo, contagiar entusiasmo intelectual. Este elemento estimulador, sugeridor, orientador, es la pieza esencial del mecanismo universitario" (p. 568).

De nuevo se muestra Lledó consecuente con sus principios. El profesor tiene la enorme responsabilidad de encauzar a sus alumnos hacia el disfrute de la lectura-interpretación de los textos, de atraerlos hacia la memoria colectiva, hacia la Historia. Lo que está en juego en la educación es el fundamento mismo de la democracia y del humanismo. En esto consiste la *paideía* democrática: "sólo desde esta educación liberadora, entendida como autarquía o sea como principio de sí mismo, sustento independiente de actos y decisiones, saturación de una mentalidad sin estereotipos vacíos puede partir el verdadero humanismo" (p. 386). Para consolidar la democracia es necesario formar hombres humanísticamente fuertes. La educación entendida como *lógos* conduce a los ciudadanos, desde pequeños, al diálogo con los demás contrastando su individualidad con el común de la ciudadanía, de la *polis*. Surge así el verdadero sentimiento democrático, resultado directo del diálogo solidario con los demás.¹¹

Por este motivo Lledó se muestra siempre muy crítico con todo aquello que pueda entorpecer o interferir el proceso educativo. La insolidaridad, la violencia, el egoísmo,

¹¹ Lledó afirma, tajante, que "una democracia se alimenta fundamentalmente de *paideía*". Y es que "sólo una educación en la que el libre discurso interior se construye y rehace desde una nueva experiencia, que busca autarquía y armonía, puede crear la figura humana que la democracia necesita" (p. 388).

la ignorancia lo único que hacen es aislar al individuo, aislamiento que conduce inevitablemente al menosprecio de los demás (p. 387). No se salvan tampoco de la crítica las instituciones educativas responsables directas del abandono en que se encuentra la formación humanística en los actuales planes de estudio. En una época en la que se ha impuesto la reforma educativa, conocida como LOGSE, en los centros de enseñanza secundaria, orientada a ofrecer una educación “bajo mínimos”, ceñida al aprendizaje utilitario de una profesión, despreciando una formación más amplia y humanista, Lledó denuncia amargamente que “la obsesión por *ganarse la vida* es la forma más miserable de perderla” (p. 167).¹²

La crítica a la Universidad

Esa obsesión utilitaria es la que también ha anquilosado la actual Universidad española. Lledó constata, en efecto, como la Universidad, lejos de formar integralmente a los alumnos, llevada por el utilitarismo como único fin del saber “ha producido en el fondo una serie de generaciones taradas, infradesarrolladas y engañadas” (p. 564). Lledó le dedica a esta deplorable situación las palabras más duras al tiempo que realiza un lúcido, y valiente análisis, que merece la pena recordar en sus líneas generales. Escritas muchas de estas páginas en los inicios de los años ochenta, la realidad se ha encargado, desgraciadamente, de concederle una mayor actualidad e interés, si cabe, a sus palabras.

En diversas ocasiones se refiere Lledó a un texto de Walter Benjamin que anticipa y recoge la verdadera causa de los males que atenazan al sistema educativo español en general y la Universidad en particular: “Al orientar desde un principio a los estudiantes hacia fines profesionales, se deja, necesariamente, escapar, como algo estimulador, el poder inmediato de la creación [...] La misteriosa tiranía de la idea de profesión es la más profunda de estas falsificaciones. Lo que tiene de más terrible es que todas ellas llegan al centro de la vida creadora aniquilándola [...]. Desde que la vida de los estudiantes está sometida a la idea de utilidad y de profesión, semejante idea excluye la ciencia, porque no se trata de consagrarse a un saber que aleja del camino de la seguridad burguesa” (p. 509).

Este profesionalismo es lo que ha degradado la Universidad hasta el extremo de convertirla en una fábrica de títulos. Una Universidad que, por ello, ha dejado de ser un centro de transmisión del conocimiento para convertirse en una especie de zoco en el que se imparten asignaturas que los alumnos, a modo de obstáculos, deben superar para concluir sus carreras. Todo esto conlleva la obsesión por aprobar, los continuos exámenes, para los que los alumnos tienen que estudiar si quieren alcanzar el título. “A la concepción asignaturesca de la Universidad corresponde como es natural, la idea de una Universidad *examinadora*” (p. 569). Lledó se muestra aquí hipercrítico porque sabe que esta tiranía del examen *mata* el diálogo entre el maestro y alumno y arruina las expectativas e ilusiones que los jóvenes habían depositado en la Universidad. Lo que está en juego no es otra cosa que el futuro de nuestra sociedad pues, si no se transforma la

¹² Esta idea la ha repetido Lledó recientemente en el ciclo *La educación que queremos* organizado en Madrid por el grupo Santillana: “La obsesión por ganarse la vida es la forma más fácil de malgastarla, y no merece la pena vivir así”, *El País* (27 de abril de 1999) p. 40.

“esclerotizada relación profesor alumno en algo más profundo que ese insidioso y esterilizador chantaje de los exámenes, seguirá maltratando y deteriorando el paciente y abandonado territorio de la principal riqueza de un país: su juventud” (p. 565).

La Universidad actual española obstaculiza la realización de lo más querido por Lledó: la integración de los alumnos en el *lógos* colectivo y, en consecuencia, su desarrollo como personas. Lo que hemos denominado el “método Lledó”, basado en el fluido y enriquecedor diálogo pedagógico con las consciencias individuales de los alumnos que aspiran a integrarse en la memoria colectiva para formar su propio Yo, se ve abortado de cuajo por una mezquina concepción utilitarista de la Universidad. La solución a tal desaguisado pasa, al menos en parte, por recuperar un profesorado apasionado, volcado a la enseñanza, “y nada burocráticamente entregado a la Universidad” (p. 572). Y es que la Universidad debe tener como principal objetivo estimular a los alumnos, insertarlos en la tradición del conocimiento de todas las épocas. Sólo así se conseguirán ciudadanos formados que levanten el nivel cultural del pueblo al que pertenecen. La Universidad, en definitiva, debe fomentar la generosidad y el amor,¹³ ejes de la amistad y la concordia democrática de los pueblos. Por este motivo Emilio Lledó recuerda que la misión fundamental de la Universidad es “fomentar y alimentar cada vez más un saber libre y creador (...). Junto a este principio general, la Universidad ha de preocuparse de formar no sólo buenos profesionales sino sobre todo *hombres que profesan* saberes y que se sumerjan en las venas mismas del pueblo del que han salido. (...) Por encima del lucro, de la miserable consigna de *ganarse la vida*, la Universidad debe fomentar la generosidad y el amor” (p. 572).

Lledó encuentra en un texto de Kant el modelo de lo que debiera ser la educación universitaria y por desgracia no es: *no se debe enseñar pensamientos, sino enseñar a pensar*. Para ello el proceso debe realizarse con naturalidad, es decir, comenzando por lo más simple avanzando hacia lo más complejo, de los conceptos más elementales a los más elevados. Este procedimiento tiene la ventaja, opina Kant, de que si un alumno no llega hasta los últimos peldaños del escalafón universitario “algo habrá ganado de esta enseñanza y se habrá convertido en alguien más experimentado e inteligente. Si, por el contrario, se invierte el método se malforma al alumno haciendo que su capacidad intelectual se vuelva mucho más estéril “por la alucinación de poseer sabiduría” (p. 513).

Lo que propugna Lledó, citando a Kant, es la vuelta a la naturalidad del proceso educativo. Algo que es consustancial a la enseñanza y que ya se producía en la cultura griega: “La idea de que el saber humano se forja en un lento proceso de maduración es, por supuesto, algo que brota ya en la cultura griega al descubrir la adecuación entre el proceso cultural y el desarrollo natural. Un proceso en el que no cabe precipitación alguna y en el que se debe ser respetuoso con la sencillez y, al mismo tiempo, fuerza de esa *naturaleza* que hay que educar” (p. 514).

Lledó, sin embargo, sabe muy bien que la realización de este lento, pero necesario proceso educativo, es muy difícil que se produzca en una sociedad de consumo como la nuestra, en la que rige la ley salvaje del beneficio inmediato y en la que el éxito se mide por la rapidez con que alguien llena sus bolsillos, prescindiendo de los medios que se uti-

¹³ Para Lledó la única alternativa a la enseñanza actual es la “pedagogía del amor”: “contagiar amor es contagiar interés”, *El País* (27 de abril de 1999) p. 40.

licen para ello. Se ha impuesto la dictadura del “aquí y ahora” representada por esos frenéticos eslóganes publicitarios del “aprenda inglés en diez días”. Desgraciadamente la Universidad ha seguido el dictado de la premura: la distribución de los cursos en materias cuatrimestrales los ha convertido en atropelladas carreras en las que se imparten programas con contenidos desproporcionados frente a los que el alumno se muestra aturrido e incapaz de asimilar nada de provecho.¹⁴

Lledó propone una Universidad radicalmente distinta. Para ello emprende un documentado análisis de cuál ha sido la evolución degenerativa de la institución universitaria. Lledó, buen conocedor de la Universidad alemana, bucea en sus orígenes ilustrados. Descubre, así, que la fundación de la Universidad de Berlín en 1810, debida al esfuerzo intelectual y pedagógico de Guillermo de Humboldt, se produce en medio de una tensión entre los objetivos humanistas y formativos y los profesionales y más utilitarios. Por este motivo, Lledó no oculta su admiración por Humboldt a quien ve un modelo a seguir contra los “fanáticos de la utilidad” que habían dirigido la Universidad hacia conocimientos que “han de orientarse hacia objetos útiles”, según proclama una orden ministerial de Guillermo III transcrita parcialmente por Emilio Lledó (pp. 517-518). No se puede pasar por alto que Humboldt tuvo presente el modelo griego en su proyecto de reforma universitaria. Algo que une íntimamente su proyecto con lo más querido y deseado por Lledó. Escribe Humboldt en 1793: “en una época donde una serie innumerable de circunstancias dirige la atención más hacia las cosas que hacia los hombres, más a las masas que a los individuos, más a los valores superficiales que a la belleza y al profundo gozo interior del conocimiento, y donde una enrevesada y confusa cultura se aleja de la originaria sencillez, sería muy saludable volver los ojos hacia la nación (sc. Grecia) para la que todo esto fue, precisamente, lo contrario” (p. 521).

Contra una Universidad atenazada por la presión “asignaturesca”, dominada por la liturgia examinadora y sometida al frenesí del utilitarismo, Lledó propugna, siguiendo a Humboldt, la tranquilidad de la reflexión que conduzca al alumno no sólo a una sólida formación humanística y científica, sino también hacia la creación de una sólida *cultura moral*: “En lugar de ofuscarse con las urgencias utilitarias que la sociedad propone al estudiante, los años en la Universidad deben fomentar, al lado de la reflexión sobre la ciencia y los distintos conocimientos, la creación de una *cultura moral* que, en principio, aleje al joven de los corruptos ideales de lucro con que la sociedad *utilitaria* le encandila”. (p. 519).

Relacionado con todo ello emerge otro gran enemigo de la cultura, la especialización. Lledó, para revisar cuál debe ser la función de la Universidad, acude ahora a Ortega y su libro *Misión de la Universidad y otros ensayos sobre educación y pedagogía*. Constata, así, la desazón del filósofo español ante la diversificación de la denominada “oferta universitaria”, de un lado, y la especialización investigadora, de otro. Para Ortega, la

14 Obsérvese lo que opinaba Albert Einstein sobre esta situación: “dar importancia excesiva y prematura al sistema competitivo y a la especialización en beneficio de la utilidad, segrega al espíritu de la vida cultural, y mata el germen del que depende la ciencia especializada. Para que exista una educación válida es necesario que se desarrolle el pensamiento crítico e independiente de los jóvenes, un desarrollo puesto en peligro continuo por el exceso de materias. Este exceso conduce necesariamente a la superficialidad y a la falta de cultura verdadera. La enseñanza debe ser tal que pueda recibirse como el mejor regalo y no como una amarga obligación”, A. Einstein, *Mi visión del mundo*, Barcelona, 1.995, p. 30.

Universidad de su época era ya “un bosque tropical de enseñanzas” (p. 535). Asimismo, constataba que “ha sido desastrosa la tendencia que ha llevado al predominio de la investigación en la Universidad. Ella ha sido la causa de que se elimine lo principal: la cultura” (p. 536). Frente a este panorama Lledó comparte con Ortega el ideal ilustrado de crear una Facultad de Cultura. Una Facultad donde los alumnos, siguiendo los preceptos kantianos del aprendizaje natural, por grados, puedan adquirir conocimientos amplios. Dicho de otro modo: una Universidad en la que puedan disponer de un conocimiento de los grandes temas que siempre han preocupado al hombre más que el improductivo estudio de aspectos particulares, especializados y dispersos que llevan a un callejón sin salida porque, las más de las veces no pueden relacionarse los unos con los otros y responden tan sólo a los intereses investigadores del profesor que imparte la materia.¹⁵ Lamentablemente los estudios de Filosofía no se han librado tampoco de las divisiones y especializaciones por causa de una “costumbre, bastante extendida en nuestra pedagogía, que convierte los conocimientos en bloques de aprendizaje, en dogmática de fórmulas, proposiciones, esquemas”. Todo ello, porque una vez compartimentado el saber “puede ser objeto de control, de examen de calificación”. Para Lledó, en definitiva, incluso “la vieja división en asignaturas filosóficas -metafísica, ética, epistemología, filosofía de la naturaleza, ontología- es no sólo obsoleta, sino errónea” (p. 494).

Lledó es, asimismo, consciente de que existen otros factores que contribuyen a impedir o degradar la educación formativa que debieran recibir los alumnos. Intereses económicos, políticos, ideológicos o religiosos interfieren con demasiada frecuencia el mundo de la enseñanza con el objetivo de controlarla y entorpecer una educación que forme críticamente a los individuos: “el apasionamiento y, me atrevería a decir la ferocidad con que luchan por manipular la educación ciertos representantes de grupos sociales, de ideologías, de fanatismos más o menos escatológicos que temen que escape de sus manos, con el cultivo de una educación crítica, el poder que siguen manteniendo sobre la conciencia ignorante” (p. 526).

Otro peligro lo representan los insustanciales medios de comunicación que falsean todo el proceso formativo desde sus primeros inicios debido “al agobio de noticias sin sustancia, al acoso de informaciones que adormecen la curiosidad intelectual con la que, ya en los primeros estadios de su evolución, el ser humano se despierta” (p. 515). La cautela de Lledó frente a los medios de comunicación, y muy particularmente la televisión, se explica por su temor a que ésta malforme a todos aquellos ciudadanos que aún no han conseguido generar un discurso interior propio y que dependen aún de los contenidos que proceden del exterior.¹⁶ En estos seres humanos más débiles la programación televisiva, con su frívola presentación de los acontecimientos, orientando la mirada hacia lo banal o plagada de escenas violentas, puede causar estragos hasta el punto de anular su capacidad de producir el *lógos* íntimo que le integre en la tradición cultural y lo humanice y consolide como hombre. Los medios de comunicación cometen un atentado con-

¹⁵ Algo muy semejante opinaba también Albert Einstein: “No es suficiente enseñar a los hombres una especialidad. Con ello se convierten en algo así como máquinas utilizables pero no en individuos válidos”, A. Einstein, *Mi visión del mundo*, Barcelona, 1.995, p. 30.

¹⁶ “Los medios de comunicación, en nuestro tiempo, pueden falsificar la mente, engendrar prejuicios e precomprensiones que imposibiliten, para siempre, nuestra instalación real en la historia, y que nos distorsionen el horizonte en el que están situadas las ideas y las teorías verdaderamente creadoras” (p. 232).

tra la humanidad cuando fomentan “la ideología de la violencia, de la falsedad, de la aniquilación” y pueden resultar mucho más feroces cuando actúan sobre “seres humanos que no han tenido tiempo, ni ocasión, ni posibilidad de construir un discurso interior, de hacerse lenguaje (...) ese fluido abstracto que hemos aprendido a construir desde la lengua materna, y que nos ha ayudado a convertir en lengua matriz, lo que verdadera y únicamente crea, humaniza y consolida al hombre” (p. 152).¹⁷

La tradición clásica y la filosofía griega como referente

La obra de Emilio Lledó y su dilatada actividad académica y universitaria muestra que la cultura griega ha sido el pozo de cuyas profundas aguas ha bebido hasta conformar un sólido entramado exegético. Su modélica introducción general a los diálogos de Platón,¹⁸ o libros como *El epicureísmo*,¹⁹ *La memoria del Logos*,²⁰ el *Silencio de la escritura*²¹ o el *surco del Tiempo*²² son una buena prueba de su conocimiento del mundo griego. Sin embargo, lo que le impulsa a penetrar en el pensamiento y la cultura helena no es un afán de estudioso o erudito preocupado por aspectos particulares y especializados.²³ Al contrario, Lledó, consecuente una vez más con su propio pensar, aplica al estudio del mundo griego y de la tradición clásica su propio método. Desencantado por la deplorable situación de la Universidad, crítico con un sistema universitario en el que lo único que impera es el criterio asignaturesco y el ritual del examen, Lledó propone una “nueva metodología” a la hora de abordar el mundo clásico. De lo que se trata es de acudir a la cultura griega en busca de ese *lógos* que debe generar el discurso interior de cada individuo. Para conseguirlo, es necesaria “una profunda renovación” que permita una “nueva lectura del mundo clásico” (p. 393). El método no puede ser más sencillo: “la vuelta a *los textos mismos*”(p. 473). Sólo así se podrá establecer un fecundo diálogo con ellos. Para Lledó se consigue de este modo “hablar con la filosofía”, algo que es muy distinto que “hablar de filosofía” desde una óptica historiográfica.²⁴

¹⁷ Emilio Lledó insiste en otras ocasiones en su acerba crítica a unos medios de comunicación “erosionados por los intereses económicos que los sostienen, con una marcada utilización de la libertad del pensamiento hacia fines establecidos que falsifican esa libertad, con un endurecimiento de la actividad crítica motivado por una educación paralizadora, con una hipócrita defensa de valores absolutamente envejecidos, que sólo pueden alimentarse de violencia y fanatismo” (p. 371).

¹⁸ Platón, *Diálogos*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1981, Vol. 1 pp. 7-135.

¹⁹ E. Lledó, *El epicureísmo*, Taurus, Madrid, 1984.

²⁰ E. Lledó, *La memoria del Logos*, Taurus, Madrid 1984.

²¹ E. Lledó, *El silencio de la escritura*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992.

²² E. Lledó, *El surco del tiempo*, Crítica, Barcelona, 1992.

²³ Lledó advierte del peligro que representa estudiar el mundo clásico con afán erudito, excesivamente centrado en la bibliografía generada, más que en la lectura e interpretación de los textos mismos: “Un planteamiento erudito y falsamente positivista podría suplantar el diálogo con esa tradición, por el estudio dedicado, obsesivamente, a una bibliografía que describe, sintetiza, y que quizá facilita una forma de conocimiento de esa tradición, pero que la oculta, sin embargo, en el mismo momento en el que, aparentemente nos la entrega” (p. 473).

²⁴ La diferencia entre “hablar de filosofía” y “hablar con la filosofía” radica en el hecho de que la primera forma implica un distanciamiento que no se produce en la segunda porque “hablar con los textos requiere, esencialmente, que los tengamos delante de los ojos y que sea, con la experiencia y la rigurosa disciplina que el trato con esos textos exige, como se ponga en marcha nuestra propia reflexión” (p. 473).

De este modo, lograremos hacernos nuestra esa tradición y constituir con ella “nuestra vida intelectual y el eje de nuestra vocación” (p. 391). En la tradición clásica encuentra Lledó el punto de confluencia de todos sus intereses y preocupaciones intelectuales “porque esta herencia, entre cuyos bienes destaca el diálogo, la creación en común de un contenido teórico, dialoga también con nosotros, y con una intensidad tal que ha mediatizado nuestros esquemas culturales, nuestro ámbito filosófico, nuestra propia lengua” (p. 391).²⁵

El *lógos* que a lo largo de siglos ha sido transmitido por la tradición clásica es uno de los mejores alimentos para desarrollar el individuo con una personalidad “fuerte” del que hablábamos, que pueda hacer frente, desde su individualidad, a todos los peligros que amenazan su condición de persona. La memoria colectiva, que ha perpetuado a lo largo de la tradición los saberes procedentes del mundo griego, conforma, así, el *lógos* individual. El diálogo con los clásicos adquiere, así, un doble aspecto. De un lado, educativo, en tanto que representa una fuente de formación inmejorable. De otro, el diálogo se torna creativo porque cada hombre, al leer los textos clásicos, los revive actualizándolos. Y ya sabemos que de esta lectura surge una interpretación, resultado del productivo contacto entre el individuo y el texto clásico, que convierte al sujeto individual en un ser activo, creador y partícipe de la corriente de la Historia y de la Cultura.

El propio Emilio Lledó ofrece numerosos ejemplos de cómo se puede interpretar un texto griego creativamente. Fragmentos de filósofos presocráticos, o pasajes de las obras de Platón o de Aristóteles son absorbidos en la propia escritura de Lledó perdiendo sus contornos de modo que se diluyen en un nuevo texto, resultado de la integración (sería mejor decir “digestión”) del texto clásico. De este modo, el método exegético de Lledó acaba definiendo un estilo de exposición y de escritura muy característico. De nuevo Lledó es consecuente con su sistema al tiempo que este modo de proceder le inserta en la tradición humanística más genuina. Su estilo responde a las más puras esencias de lo que desde la antigüedad viene conformando un tipo de escritura que ha desembocado en lo que más modernamente se ha conocido como ensayo. Lledó se entronca en el corazón de esa corriente. Como el estoico Séneca que hacía suyas las citas de otros pensadores, incluidas las del jefe de la escuela rival, Epicuro; como Plutarco, al transmitir las opiniones de los filósofos de la antigüedad; y, sobre todo, como Montaigne, el padre del ensayo que se apoderaba de los pensamientos de los clásicos incrustándolos en su propia obra. Sin duda, Emilio Lledó suscribiría la afirmación de Montaigne cuando justificaba este proceder con una metáfora horaciana: como las abejas que liban de flor en flor para acabar produciendo un nuevo producto, la miel, así el lector-intérprete del mundo clásico transforma el *lógos* clásico del que liba y se alimenta dando como fruto una nueva interpretación procedente del diálogo con el texto clásico.²⁶ Esto explica que podamos seguir afirmando que “nosotros somos los griegos” (p. 371).

²⁵ En las Primeras Jornadas sobre la *Historia de la Filosofía* celebradas recientemente en Barcelona se ha insistido sobre esta idea al manifestar el profesor M. Cruz que “los autores del presente están en una tradición; si se les separa, resultan incomprensibles o desfasados”, *El País* (26 de abril de 1999) p. 45.

²⁶ “Les abeilles pillotent deçà delà les fleurs, mais elles en font après le miel, qui est tout leur; ce n'est plus thin ny marjolaine: ainsi les pieces empruntées d'autrui, il les transformera et confondera, pour en faire un ouvrage tout sien”, Montaigne, *Ouvres Complètes*, Bibliothèque de la Pléiade, de. Gallimard, Paris, 1985, I 26, 151.

Lledó aclara los motivos por los que la filosofía griega tiene tanta importancia hasta el extremo que ésta posee “en el panorama del pensamiento una situación de privilegio que no ha tenido la filosofía posterior, ni creo que ninguna otra filosofía” (p. 370). El motivo es doble. En primer lugar, la pureza y la originalidad de la filosofía griega, “basada en la experiencia directa, inmediata de la realidad” circunstancia que dota el pensamiento griego de una “singularidad, que permite descubrir algunos resortes que ponen en marcha ese producto de la mente humana llamado filosofía” (p. 370).

En segundo lugar, y no menos importante, hay que tener muy presente el papel que ha desempeñado la filosofía griega en la formación del pensamiento occidental. Por este motivo a Lledó no le parece en absoluto una exageración la conocida frase de Whitehead que sostiene que toda la filosofía posterior no ha sido más que notas a pie de página de los diálogos de Platón. Al contrario, para Lledó esa afirmación “expresa, sobre todo, la capacidad de una filosofía para seguir recreándose al ritmo de la historia, conservando sus directrices fundamentales, y alentando desde ellas el progreso intelectual, la continua renovación teórica, y la transformación de la naturaleza con la ciencia” (p. 371). Los problemas que han interesado a la filosofía a lo largo de la historia fueron ya planteados por los filósofos griegos. Esto nos obliga a tenerlos siempre presentes y lo que hace que, en expresión de José Gaos, recogida por Lledó, la filosofía de hoy, más que nunca, hable “por boca de clásico”.²⁷ Los primeros filósofos griegos, llevados por la curiosidad, por el deseo de saber, determinaron la historia del pensamiento. Por ese motivo hay que conocerlos y estudiarlos. Muchos problemas podrían, incluso, tratarse y conocerse mejor si se vuelve la mirada a los orígenes, al contexto griego, que los originó: “Los primeros filósofos ofrecen un cuadro importante de cuestiones y perspectivas para abrirnos hacia otras formas de pensar. Sus pensamientos determinaron la historia del pensamiento posterior. Por eso, un principio fundamental, en la reflexión filosófica, es el análisis de sus orígenes. Pensar el origen es, en cierto sentido, pensar también cada presente (...). Hay problemas que pueden abordarse mejor si volvemos a indagar el contexto en el que se plantearon y las razones que determinaron ese contexto” (p. 348).

Por todo ello, la filosofía griega representa un contrapeso intelectual de gran importancia contra los intereses económicos y políticos aludidos anteriormente que están creando una creciente depauperación cultural y moral. El modelo griego tiene que ser el terreno abonado en el que la sociedad humana busque sus propias raíces: “En una situación intelectual como la contemporánea, con una profunda crisis política a escala mundial, con un desvío de la investigación científica hacia caminos de lesa inhumanidad, con un deterioro evidente del sentido práctico de la solidaridad (...) la sociedad humana tiene que buscar en sus propias raíces un modelo que, en parte, le sirva para remediar su creciente depauperación” (p. 371).

²⁷ “El filósofo de hoy, más que el de ninguna otra edad anterior, para exponer su pensar, habla por boca de clásico” (p. 476). Emilio Lledó explica en otro momento lo que hay que entender por “clásico”: un lenguaje que, a pesar de fluir en el tiempo, logra permanecer inalterable. Algo que se consigue gracias a la relación entre el hombre individual que, mediante la lectura, dialoga con el legado heredado en la tradición clásica incorporándose a ella e, incluso, trascendiéndola. El carácter clásico implica, pues, “la consistencia de un lenguaje que sometido, como todo, al ser fluyente y huidizo del tiempo, es capaz de no alterarse en esa fuga, de no corromper su sustancia y de lograr una forma de estabilidad. La posibilidad de permanecer proviene, tal vez, de esa relación esencial por la que un hombre logra articular palabras que, brotando de su propia experiencia del mundo la trascienden y en esa trascendencia adquiere universalidad” (p. 352).

Y es que los textos clásicos representan para Lledó el punto de encuentro óptimo para enriquecer al individuo que, gracias a esos escritos heredados de los griegos consigue abrir, ampliándola, su individualidad: “el texto de los clásicos se hace presente, pues, como un espejo en el que, al contemplar nuestro propio rostro, descubriésemos en él otras visiones que confirman y enriquecen el contenido de nuestra mirada. Esa capacidad de ampliar la individualidad en las imágenes ideales que la escritura encierra es una de las medidas con las que establecer el valor del mensaje escrito” (p. 353).

Llegado a este punto hay que recordar algo fundamental que articula el pensamiento de Lledó convirtiéndolo, a él mismo, en un clásico. Su modo de asimilar, de integrar los textos clásicos, como ya se ha mencionado, le dotan de un estilo humanista, en la línea iniciada por ensayistas renacentistas como Montaigne. Los temas que aborda están configurados las más de las veces, por una docena de conceptos griegos emblemáticos que no se cansará de reinterpretar desde las más diversas perspectivas hasta integrarlos plenamente en su propio discurso. Es más, Lledó utiliza esos conceptos como instrumentos de análisis de la realidad, “modernizándolos” y haciéndolos rodar con un vigor inusitado más de 2.500 años después de que fueran utilizados por los filósofos griegos. Lledó vuelve a ser así consecuente con su propio método. Gracias a él, conceptos como *lógos*, *alétheia*, *physis*, *êthos*, *noûs*, *theoría*, *eleuthería*, *paideía*, *thaumasía*, *pólis*, *philía*, *díke* reviven en nosotros, actualizados en un discurso moderno en el que desarrollan la plenitud de su sentido: el que poseen desde sus orígenes enriquecido por el que adquieren en la interpretación de Lledó. Por este motivo, también Lledó “habla clásico” y el diálogo con él nos transporta, proyectándonos, desde los orígenes del pensamiento al análisis de la problemática contemporánea.

Vivir es interpretar

En ningún caso esconde Lledó quiénes han sido sus maestros. De un lado, lo acabamos de ver, los pensadores griegos hasta el punto que la lectura e interpretación de sus textos y el uso de sus conceptos como instrumentos de análisis nos convierte a nosotros mismos en griegos. De otro, Lledó reconoce su deuda a los autores que han influido en su propio método de interpretación. Desde Platón hasta Gadamer, Lledó recorre la historia de la hermenéutica con especial énfasis a aquellas obras que han contribuido a llenarla de contenido y método. No todos los métodos exegéticos son, sin embargo, igualmente provechosos. Lledó se desmarca, por ejemplo, de aquellas corrientes que, como el estructuralismo, obsesionadas por la metodología se han centrado en aspectos formales y semánticos más que filosóficos, creando una terminología pseudo-científica que genera, a su vez, una mayor confusión que oscurece, más que clarifica, el verdadero sentido del texto.²⁸

²⁸ El estudio de la historia de la filosofía no se escapa tampoco a esta moda que se ha trasladado a los manuales en los que se ha convertido los textos en *textos de historia de la filosofía* creando “una serie de estereotipos de aprendizaje, de filosofemas desenraizados y desnaturalizados” por culpa de los cuales lo que debería ser “una primera toma de contacto con determinados pensadores, acaba convirtiéndose en el mayor obstáculo para su intelección y la del mundo teórico y cultural del que la filosofía emerge” (p. 494).

Lledó se pregunta al respecto: “¿No pueden las obsesiones metodológicas, las pesquisas formales, sobre un texto, enturbiar su sentido y hacer desaparecer, en la retícula del virtuosismo que las *metodologías* le imponen, su verdadera referencia y con ella sus posibles sentidos?” (p. 212).²⁹ Lo que más duele a Lledó es que los más significados representantes de estos movimientos³⁰ hayan ignorado completamente las teorías de autores muy apreciados por él y miembros significados de la larga tradición hermenéutica como Schleiermacher, Droysen, Steinthal, Dilthey o Gadamer.

Precisamente estos autores son los que han abierto vías metodológicas que Lledó ha transitado con excelente provecho. Lledó se siente integrado en la corriente hermenéutica. En el capítulo “Literatura y crítica filosófica” (pp. 204-234) hace una interesante revisión de los principales rasgos que la caracterizan. Gran interés tiene su análisis sobre Spinoza a quien ve como precursor de esta corriente sobre todo por su distinción, a la hora de abordar la interpretación de las Escrituras, entre el sentido y la verdad de una proposición y por haber propuesto un método hermenéutico de gran modernidad.³¹

Pero son Schleiermacher, Dilthey o Gadamer los autores sobre los que Lledó construye su propio método. El primero porque insertó el acto de interpretar en la vida, como “una operación fundamental de la existencia” que busca comprender para consolidar al hombre en un “universo de comprensión” (p. 227). Dilthey porque con sus teorías abrió “un amplio dominio de posibilidades” hermenéuticas y, sobre todo, Gadamer porque profundizó de tal manera en el método hermenéutico que llegó a una conclusión sobre la que Lledó fundamentará su propio *modus operandi*, al sostener que nunca se agota la comprensión y explicación de un texto y que, por ello, al actividad exegética consiste en “un proceso infinito” (p. 231).³²

Estos son algunos de los antecedentes teóricos. Gracias a ellos se puede iniciar el proceso que contribuya a insertarnos en el *lógos* que conforma la memoria colectiva, la historia, configurando nuestro propio yo mediante el diálogo con ella. Para lograrlo, Lledó debe recordar de nuevo que “lo importante es llegar a una *praxis hermenéutica* que, a pesar de su esencial historicidad, ofrezca a cada época, a cada momento de la tem-

²⁹ Lledó, asimismo, advierte del riesgos de un método historiográfico que, “en su vertiente más trivial, ha servido para homogeneizar el lenguaje que habla de lo que escribieron los filósofos, en un monótono recuento de cuestiones, más o menos abstrusas y que, desencajadas de sus mediaciones culturales, sociales e incluso lingüísticas, pierden no sólo su interés, sino su sentido” (p. 497).

³⁰ Lledó no oculta en quién está pensando al aludir “a los empeños pseudocientíficos de algunos autores influidos por modas anglosajonas o francesas” (p. 215). Derrida y especialmente J. Kristeva, son, entre otros, “un ejemplo típico de estas excrescencias semiótico-semiológicas”, (p. 212, n. 3). En un libro de reciente aparición se critica duramente este tipo de corrientes que “saben impresionar a su audiencia con la hábil manipulación de una rebuscada terminología”. A. Sokal y J. Bricmont, *Imposturas intelectuales*, ed. Paidós, Barcelona, 1999, p. 25.

³¹ “Es evidente que el objeto de la hermenéutica spinoziana son los libros sagrados; sin embargo, su metodología alcanza un territorio nuevo, más allá de las fronteras de esos textos (...). Esa mirada lenta sobre los textos, el cuidado por oír una voz humana y no sólo la doctrina divina que nos conduce a otros planteamientos, hacen de Spinoza algo más que un precursor en la difícil empresa de no perder las voces del pasado, de no desoír o malentender tantas experiencias, tantas enseñanzas”, (p. 218).

³² Emilio Lledó no ha ocultado nunca la influencia y el respeto que le merece el magisterio de Gadamer: “las clases de Gadamer, su capacidad de sugestión, esa mezcla asombrosa de rigor y creatividad, su cálida y cordial humanidad, la libertad con la que estimulaba nuestro propio pensamiento por encima de cualquier caciquismo escolástico, fueron, entre otras muchas enseñanzas, algo característico de su ejemplar magisterio. Por eso, aunque hayamos podido andar por otros derroteros intelectuales o políticos, todos los estudiantes de entonces le seguimos considerando nuestro maestro”, Joaquín Esteban, *ob. cit.*, p. 16.

poralidad inmediata, el inconfundible sonido de la temporalidad mediata, de los textos, interferidos ya por el hilo del pasado que necesariamente los enhebra” (p. 232).

Sociedad, política, ética y filosofía

Lledó ha puesto todos los medios para integrar al hombre en la sociedad. El entramado social del lenguaje es el vehículo que vincula al individuo con su entorno social. Esto es posible porque en el lenguaje, en el *lógos* “se dan las condiciones imprescindibles para su *racionalidad*” (p. 111), racionalidad que, en forma de ciencia y filosofía, manifiestan “la lucha del hombre por insertarse en la realidad, por asimilarla y por comunicarla” (p. 112).

Se crea así un *espacio comunicativo* que, a través de ese lenguaje racional, vincula a todos los individuos que participan de él “creando así la *pólis*, la sociedad” (117). Por ello Lledó no puede separar el lenguaje del contexto social, *político*, en el que este libremente se desarrolla. El *ágora* de la *pólis* griega es ahora el modelo. El centro de confluencia de los ciudadanos es el lugar en donde pueden manifestarse, en tanto que “hombres que hablan”, y desarrollarse, en palabras de Aristóteles, como “animales políticos”. Y en esa *polis* configurada por la interrelación comunicativa entre los ciudadanos surge el gran invento de la democracia, el poder del pueblo, del *demos*, “un poder en el que, entre otras cosas, se afirmaba que nadie tenía el privilegio del discurso preeminente, que nadie era ya dueño de palabras cuyo sentido consistiese en *ser oídas*, en ser asimiladas bajo la inevitable forma del acatamiento y la sumisión. El lenguaje perdía así su carácter hierático, su carácter opresor, al poder ser criticado, analizado, discutido desde el fondo de cada hablante” (p. 143).

Surge así, en esa *isegoría*, el ambiente social adecuado en la que el hombre adquiere “no sólo una manera de *estar en el mundo*, sino una manera de *ser mundo*, de ser lenguaje, de ser persona” (p. 142). Y ser en el mundo es esencialmente “ser lenguaje” (p. 146). Tan sólo con un hombre *auténtico*, en el que se “manifieste el despliegue de una consciencia que dice y expresa la realidad y veracidad y vinculación con el mundo” es posible la convivencia democrática en la *pólis*. Sólo con ciudadanos educados en el *lógos* pueden adquirir sentido y sintetizarse los conceptos que vertebran una sociedad justa: la *razón*, la *verdad* y la *solidaridad*. Conceptos que deben garantizar “la defensa de la vida, la defensa del espacio real o ideal donde ha de desplegarse esa vida, la armonía y la paz, la libertad y la justicia, el bien y la belleza, el progreso y la posibilidad” (p. 147).³³ Y esto, lo sabemos bien, sólo se puede conseguir con lo que en este artículo hemos denominado en diversas ocasiones individuo humanísticamente “fuerte”. Sólo en el hombre educado en la cultura de la palabra se podrá articular un lenguaje interior que consolide la estructura mental que fortalezca los principios de “verdad, justicia, libertad, belleza y generosidad” (p. 149).

³³ Lledó sabe que todos estos conceptos corren el peligro de no ser más que simple palabrería en manos del discurso del poder, que “ha enmascarado otras intenciones -dominio, explotación, avaricia- bajo palabras, en este caso profanadas, como libertad, justicia, derechos humanos, bien común”. Más que nunca se necesita de dotar de significado pleno a estas palabras que, a fuerza de ser repetidas por los políticos, suenan a muchos como simples tópicos sin sentido. En otras ocasiones Lledó denuncia también el *aplastamiento semántico* que han experimentado “palabras importantes de la cultura” sometidas al “tráfico del lenguaje” (p. 437).

Lledó es de nuevo consecuente y cierra definitivamente el círculo de su pensamiento. Como en Platón, epistemología y ética resultan inseparables. Gracias a su participación en el *lógos* el hombre genera un yo interior que le permite comprender e interpretar el mundo circundante. Del diálogo racional con los demás se conforma un tejido social democrático en el que todos participan sin que ningún *lógos* pueda imponerse a los demás. Se origina así la relación entre ciudadanos iguales, dialogantes, los únicos capaces, desde la fortaleza de su yo, de alcanzar los ideales de verdad, justicia, belleza y libertad que aseguren la solidaridad democrática de la sociedad en que viven y garanticen la transmisión de esos valores a las generaciones venideras.

La filosofía tiene un papel que desempeñar para que pueda construirse una sociedad cohesionada e impida la “desorganización de una realidad lastrada, en momentos decisivos, por principios insolidarios”. Una filosofía producto de la inteligencia y del diálogo que, basándose en la racionalidad, “injerite entre sus ramas, la idea de que es la vida humana, la felicidad, el objetivo primordial de la lucha por adecuar el desarrollo científico a las ideas que pueden hacer verdaderamente fecundo ese desarrollo” (p. 502).³⁴

Son muchos los aspectos que quedan por tratar pues el diálogo con Emilio Lledó sería interminable. Sus opiniones sobre el arte, la literatura, la filosofía expuestas a lo largo de los artículos recopilados merecerían varios artículos. Sin embargo, se ha intentado trazar aquí las líneas maestras de su pensamiento con la intención de desarrollar una enseñanza esencial del maestro Lledó: que todos podemos, y *debemos*, potenciar nuestra creatividad dialogando con los demás. El diálogo con Lledó es, por eso, algo inevitable. Una consecuencia más, otra más, de su propio método. Por ello el autor de este artículo ha sentido, como se afirma al principio, la necesidad de hacer lo mismo que Lledó confiesa al inicio de su trabajo sobre “Gaos y su lectura de la Filosofía Griega”: “Me parecía que, en lugar de intentar hacer una síntesis de su pensamiento historiográfico, tal vez fuera de mayor interés iniciar un breve diálogo con sus trabajos” (p. 472).

Proceder de este modo ha reportado la experiencia de aprender algo impagable. Que el método hermenéutico propuesto por Lledó estimula al lector a vivir creativamente interpretando todo lo que le rodea. Desde los griegos hasta hoy.³⁵ Como el buen profesor, Emilio Lledó, enseña y acompaña en ese viaje al lector-alumno hasta que éste puede volar sólo por los espacios infinitos del conocimiento e interpretación creadora.

³⁴ Por el contrario, “si una filosofía tiene que servir para justificar o endulzar la violencia, el horror, los crímenes, el aniquilamiento y el odio que administran intereses nada filosóficos, entonces esa filosofía sería una filosofía enferma, una bazofia ideológica, un repugnante condimento indigno de que pueda servir para otra cosa que para su rápido olvido” (p. 455).

³⁵ La casualidad ha querido que en los mismos días en que el autor de este artículo acababa de redactar estas líneas apareciesen diversas notas de prensa que nos recuerdan el alto grado de compromiso moral adquirido por Lledó en la sociedad de nuestros días. En el *País*, (21 de abril de 1999), en una carta al director, Emilio Lledó se queja del tratamiento dado por ese periódico a las “bombas de fragmentación” utilizadas por La OTAN en su ataque a Serbia. Lledó, que denuncia el uso de ese material bélico perverso acaba preguntándose: “¿Con qué sutiles argumentos retorcerán y manipularán sus ya fragmentados cerebros para salir humanitariamente airosos?”. Asimismo, en el *País* (27 de abril de 1999) p. 40, se lee que Lledó, en el ciclo *La educación que queremos*, achacó “a la ceguera de los gobernantes el que la enseñanza de la humanidades se considere algo inútil. Puso como ejemplo que el adjetivo “humanitario” no estaría tan “tristemente de moda” si se enseñaran valores como libertad, justicia, solidaridad o concordia.

Ni que decir tiene que la lectura de estas noticias “frescas” de Lledó llenan de íntimo regocijo y complicidad a los lectores que participan de su *lógos* solidario.